

Las semánticas de la posteridad: el cine y la matriz de las generaciones futuras

Semantics of Posterity: Cinema and the Matrix of Future Generations

Pablo FRANCESCUTTI

Universidad Rey Juan Carlos
luispablo.francescutti@urjc.es

Recibido: 22.12.09

Aprobado definitivamente: 10.6.10

RESUMEN

En la segunda mitad del siglo XX, las semánticas de la posteridad sufrieron una gran transformación, patente en la centralidad adquirida por la noción de generaciones futuras. Promovido por el discurso ambientalista, este constructo ha conquistado un lugar sobresaliente en el dominio público, en tanto introduce la idea de la responsabilidad moral por las consecuencias a largo plazo de nuestras acciones. La nueva comprensión del futuro ha inspirado una copiosa literatura sobre sus implicaciones legales y políticas (por ejemplo, el desarrollo sostenible y el principio de precaución), aunque poco se ha dicho de las circunstancias sociales y culturales de su génesis. En este trabajo estudiamos la eclosión de dicha categoría basándonos en el cine de ciencia ficción, un género idóneo para esta clase de pesquisas toda vez que uno de sus temas es precisamente la relación de las personas del presente con la humanidad futura. A partir de la evolución de esa clase de personajes cinematográficos, podemos visualizar la deriva de esta categoría desde su irrupción en los debates de los años '50 y cómo ésta fue modelada por la necesidad social de un punto de vista exterior para la observación del riesgo.

PALABRAS CLAVE: Generaciones futuras; posteridad, riesgo, cine, ciencia ficción, ambientalismo.

ABSTRACT

In the second half of the XXth century, the semantics of posterity underwent a dramatic transformation, expressed in the importance of the notion of future generations. Ushered in by environmental discourse, this construct has gained an outstanding presence in the public realm, as much as it conveys the idea of the moral responsibility for the long term consequences of our actions, a responsibility focused on the welfare of our descendants. This new understanding of the future has inspired a copious literature about its legal and politic implications (i.e. sustainable development and the precautionary principle); although little has been said of the social and cultural circumstances of its genesis. In this study we turn to science fiction cinema to highlight the making of that category. This film genre appears suitable for this research because one of its themes concerns the relationships between contemporary people and future Humanity. Our film analysis allow us to visualize the trajectory of this category since its appearance in the Fifties (with its actual meanings) and to show how it was modulated by the social necessity of an external point of view upon which risk observations can be based.

KEYWORDS: Future Generations, Posterity; risk; cinema; Science Fiction, environmentalism.

SUMARIO

1. Introducción: genealogía de la posteridad. 2. Metodología de análisis. 3. Análisis Fílmico. 3.1. El futuro pasivo. 3.2 El futuro toma la iniciativa. 4. Discusión. 5. Conclusiones: dos generaciones paralelas. 6. Bibliografía. 7. Apéndice de películas analizada.

“Queridas generaciones futuras:
si no buscáis la paz y la justicia con más ahínco,
y si no sois más sabias que nosotros,
¡entonces, iros al diablo!
Atentamente, el difunto Albert Einstein”

1. INTRODUCCIÓN: GENEALOGÍA DE LA POSTERIDAD

El salto del término “semántica” de la lingüística a los estudios sociales sobre la temporalidad es obra del seminal trabajo del historiador alemán Reinhart Koselleck sobre las acepciones del tiempo histórico (1993). Su “semántica histórica” propició un avance decisivo en la teorización del futuro, toda vez que introdujo la consideración del *horizonte de expectativa* como un sistema de referencias, esto es, un entendimiento del porvenir como un constructo ideado para estructurar la expectativa social, a despecho de los enfoques que veían en aquél una *cosa* casi dotada de existencia propia.

En ese marco se inscribe este trabajo, dedicado a una de las últimas variaciones experimentadas por tales semánticas en relación con un nuevo entendimiento de la “posteridad”. La modificación a la que nos referimos tiene por emblema a las generaciones futuras: el conjunto de personas que vivirán después de que las actuales hayan muerto (De-Shalit, 1995). Hoy, mentarlas conlleva hablar de deberes para con el futuro; ellas mismas se han vuelto sinónimo y personificación de nuestra posteridad.

Las alusiones a las generaciones futuras han invadido la retórica política, el debate climático, la discusión sobre las pensiones, el periodismo... Sus intereses han sido consagrados en textos fundamentales como la Constitución polaca

de 1997, la Constitución europea, la Carta de la Tierra¹ –la declaración de principios ecológicos de las Naciones Unidas que basa en la pareja de términos el concepto estratégico de “desarrollo sostenible”– y en el novedoso campo de la “justicia intergeneracional”.

En la carrera de ese concepto no han faltado las polémicas. Se discute si pueden ser titulares de derechos personas inexistentes o miembros de una clase imposible de identificar o cuantificar (Macklin, 1981). Otros niegan tal titularidad invocando la falta de reciprocidad inherente a esos derechos para así cuestionar la existencia de una comunidad moral entre la generación presente y sus potenciales descendientes –postura resumida en la pregunta: ¿qué ha hecho la posteridad por mí?, Partridge (1990)–, o aducen la imposibilidad de conocer qué priorizarán las generaciones futuras (¿proteger a los gorilas o a las reservas de hidrocarburos?); o el temor a que en nombre de los aún no nacidos se promuevan agendas controvertidas (por ejemplo, políticas eugenésicas).

A favor de tales derechos se mantiene que, en tanto en que ya no creemos en la Providencia ni en el progreso indefinido, la responsabilidad por el bien del futuro cae en nuestros hombros; que el haber heredado el planeta de nuestros ancestros nos hace parte de una comunidad transgeneracional, obligándonos a cuidar la herencia que dejaremos a quienes nos sucedan (De-Shalit, ob.cit.); o que, al igual que nos incumbe el deber de velar por nuestros hijos (Rawls, 1975), debemos proteger a quienes les seguirán.

El argumentario de ambas partes es profuso². En cualquier caso, nuestras obligaciones para con el mañana han ganado considerable reconocimiento normativo. Dicho reconocimiento es el corolario de un giro copernicano en

¹ Así fue consagrado en el Informe Brundtland “Nuestro futuro común”. El documento –la base de la Agenda 21 adoptada por las Naciones Unidas como Carta de principios ambientales– estipula en su Tercer Principio que el derecho al desarrollo debe ejercerse de manera tal que satisfaga por igual el desarrollo y las necesidades ambientales de las generaciones presentes y futuras (disponible en Internet, en el link: <http://www.worldinbalance.net/agreements/1987-brundtland.php> (consultado el 17/11/2009).

² Ver Agius, E. & Busuttill S. (Eds.) (1998), *Future Generations and International Law*, London, Earthscan; DeLattre, E. (1972) “Rights, responsibilities and future generations”, en *Ethics*, vol. 82, pp. 254-8; Golding, M. (1978) “Future Generations - obligations to”, en *Encyclopedia of Bioethics*, vol. 2, N. York; Macmillan; MacKenzie M. (1985) “A note on motivation and future generations”, *Environmental Ethics*, vol. 7:63-70; Norton, B. (1982) “Environment, ethics and the rights of future generations”, en *Environmental Ethics*, vol. 4, 319-38; Partridge, E. (Ed.) (1981) *Responsibilities To Future Generations*, Buffalo; Prometheus Books; Sikora, R. & Barry, B. (Eds.) (1978) *Obligations To Future Generations*, Philadelphia; Temple Press; Steiner, H. (1983) “The rights of future generations”, en MacLean, D. (ed.) *Energy and the Future*, N. Jersey; Rowman & Littlefield.

el concepto de responsabilidad: éste, tradicionalmente orientado al pasado, se ha abierto al futuro, permitiendo el pasaje “de la responsabilidad causal retrospectiva a la responsabilidad prospectiva, como responsabilidad de anticipación, prevención y configuración” (Innerarity, 2009:126). A resultas de su reformulación, el debate ético actual se ha hecho impensable sin la consideración de la humanidad del mañana como agente moral.

Por todas las razones señaladas, las generaciones futuras proyectan una sombra cada vez más alargada sobre el presente.

Para comprender la innovación que han supuesto en la genealogía de la posteridad no vendrá mal un poco de etimología. De remontar el pasado, acabaremos por toparnos con el vocablo *posteritas* acuñado en la antigua Roma: “los hijos o descendientes de un hombre considerados en tanto colectivo, más bien que como individuos... La posteritas es la población futura de una comunidad en su conjunto” (Wiedeman, 1989:34). En su acepción original, aludía al encadenamiento de las generaciones en el seno de un grupo más o menos restringido (un linaje, y más tarde, una polis o civitas).

La *posteritas* fue desbancada por la creencia cristiana de un inmediato fin de los tiempos. La pérdida de fervor apocalíptico en el cristianismo no mejoró su suerte: el énfasis en la salvación del alma individual cercenó el cordón biológico con el futuro implícito en la *posteritas*. El teocentrismo medieval completó la tarea al desinteresarse por los descendientes: sólo importaba el juicio del Dios que contemplaba el continuo temporal desde fuera de él. La divina exterioridad (la eternidad) posibilitó una observación conservadora del mundo (Nassehi, 1994:48): a través de ella la cristiandad se observaba a sí misma y a su entorno (v. Nicolás de Cusa, *La visión de Dios*, X, 43).

El Renacimiento recuperó los contenidos mundanos de la posteridad clásica a través del

concepto de “gloria”: un valor ligado a las gestas de los grandes hombres. Entre las motivaciones del Príncipe, decía Maquiavelo, descollaba la sed de gloria³. Con el correr de los siglos, la fama póstuma se tornaría un sucedáneo de la “inmortalidad” (en especial, en lo relativo a las reputaciones artísticas o intelectuales).

A finales del siglo XVIII, y a resultas del proceso de secularización, la judicatura divina fue disputada en su propio terreno por el tribunal de la Historia. La asignación de fama *post-mortem* dejó de depender de los descendientes directos o figurados, de la sociedad o de la patria; esa potestad quedaba ahora en manos de Clío. El traspaso de jurisdicción era un resultado de las mutaciones en la intuición temporal. La caída de la *Imago Mundi* medieval y del Ojo omnipresente y omnividente impuso a cada presente la tarea de reflexionar sobre la totalidad temporal y sus partes (Beriaín, 1996:94)⁴. Sin embargo, el presente, un *novum* que no puede deducirse el pasado como antaño (Koselleck, ob. Cit. pp41ss), había devenido un punto ciego incapaz de auto-observarse. La dificultad fue salvada mediante la adopción de una perspectiva estándar que aseguró la unidad temporal de los subsistemas sociales: la idea del progreso. La Historia –la forma del progreso– adquirió un estatuto metafísico. “Hegel incluso afirmó que la Historia, considerada como un movimiento del espíritu absoluto, era equivalente a Dios” (Nassehi, ibídem, p. 52). En tanto observaba el presente y le daba un sentido que abarcase el pasado y el futuro, la Historia se elevó a las alturas antes ocupadas por el “observador que ha creado todo, en la forma de una creatio continua, en el lugar de uno que simultáneamente conoce todo y conoce (...) incluso la contingencia futura” (Luhmann citado en Beriaín, Ibíd., p 95); y se tornó en equivalente funcional de la eternidad (Nassehi, ob. cit. p. 49).

El juez divino cedió el testigo a una judicatura laica no menos grandiosa: la Historia Uni-

³ No solo de los príncipes: ya en el siglo precedente Petrarca había vislumbrado en la reputación duradera la mejor recompensa del poeta: *vitae finis principium est gloriae* (cit. en Levin, 1972:1).

⁴ La nostalgia de un punto de vista omnividente no desapareció por completo; más bien encontró pronto sustitutos en el curso científico. Laplace lo expresó mediante la imagen de un demonio capaz de ver, desde fuera del tiempo, toda la historia del universo. El sueño de alcanzar esa posición omnisciente subsistió, de forma más moderada, como un ideal rector del desarrollo científico (Ceruti, 1994:35).

versal⁵. Su mirada ubicua juzgaba los avances y retrocesos de sus agentes, absolviendo, premiando o condenando al “basurero histórico”⁶. En los considerandos de sus fallos los eventos azarosos siempre encontraban justificación y los reveses asumían un carácter provisional, pues tarde o temprano las astucias de la razón (histórica) los enmendarían. Durante un siglo y medio, su teleología optimista aportó una caución contra las incertidumbres creadas por la apertura insondable del futuro moderno.

La última etapa de esta apretada genealogía léxico-conceptual nos conduce hasta el final de la Segunda Guerra Mundial y la aparición del arma nuclear, el umbral de otra metamorfosis de gran calado en las semánticas de la posteridad. En efecto, al inicio de la posguerra el tribunal de la Historia perdió credibilidad cuando su piedra basal, la doctrina del progreso, se tambaleó frente a la posibilidad de una destrucción masiva inimaginable y el retorno de las contingencias reprimidas (Beck, 1998). Las fianzas históricas se esfumaron y junto con ellas la fe en su teleología progresista (¿quién se encomendaría al veredicto de los sucesores ante la perspectiva de un fin inminente?).

Le cupo a Hans Jonas (1984) levantar acta de la fragilidad del futuro con un crudo diagnóstico. Alarmado por la crisis ecológica y los desmanes de la industrialización, edificó su futurología admonitoria con la crítica radical de la confianza iluminista, plasmada en el Principio Esperanza del exégeta y apólogo del utopismo, Ernst Bloch (1959). A aquel principio le opuso el deber de sopesar nuestras acciones contra la perspectiva del peor escenario posible. Acto seguido, declaró obsoletas las éticas antropocéntricas, para las cuales todo lo relativo a la *techné* (dominio de lo no humano) es éticamente neutral. Tales éticas, observa Jonas, son indi-

ferentes al contexto temporal: la bondad o maldad de una acción no varía si se ejecuta hoy, mañana o el mes próximo. Semejante indiferencia respondía a un dato objetivo: la restricción de la agencia humana a un marco espacio-temporal relativamente estrecho, dentro del cual las cadenas causales hacían factible asignar las responsabilidades sin dificultad.

Todo cambió con la llegada de la alta tecnología, que extendió por siglos o milenios las secuelas nocivas de la acción humana. De su mano, las consecuencias de nuestros actos desbordan el presente social (“el contexto intrageneracional”, Jonas *dixit*) y se incrustan en los futuros próximos y en los distantes. La temporalidad de la acción deviene un factor de primer rango en las consideraciones éticas, y la responsabilidad del *homo faber* cobra una envergadura sin precedentes (ídem, 1984:9).

La situación sobrevenida reclama un nuevo imperativo moral, afirma Jonas: el principio de responsabilidad; una responsabilidad prospectiva por la preservación de la humanidad y de la biosfera que habitará. Aquí entran a tallar las generaciones futuras, la clave de bóveda de su edificio conceptual, en tanto constituyen el “prójimo” de su proyecto ético: las personas aún no nacidas a las que debemos proteger del efecto dañino de nuestros actos (Ramos, 2003). Esta categoría, cuya dimensión biológica asociada a la palabra “generación” recuerda el énfasis puesto por la *posteritas* en la descendencia⁷, representa sin lugar a dudas la más significativa novedad en las semánticas de la posteridad.

La ética futurista de Jonas ha tenido eco en las ciencias sociales. Barbara Adam y Chris Grove (2007) proponen articular acción, conocimiento y ética con miras a echar los cimientos de las “políticas para la posteridad” (ídem, pp. 115ss). En tanto amplían la jurisdicción espa-

⁵ Lo expuso Michelet: “Sí, cada muerto deja un pequeño bien, su memoria, y exige que se cuide de ella. Para quien no tiene amigos, es preciso que el magistrado los supla. Porque la ley, la justicia, son más seguras que todas nuestras ternuras, olvidos, nuestras lágrimas secas tan pronto. Esta magistratura es la Historia” (1982: 268.)

⁶ Lo mismo ocurriría en el campo artístico: en el siglo XIX se pensaba que la verdadera fama comenzaba tras la muerte; que el autor creaba para una comunidad futura de lectores o espectadores, que serían los jueces que decidirían si su obra devenía clásica o se hundía en el olvido. La posteridad era vista como una corte de apelaciones que revertiría los juicios falibles de los coetáneos (Levin, ídem, pg. 3).

⁷ Pero aún en la semejanza se destaca una gran diferencia: para los antiguos romanos se trataba de dejar a los descendientes un ejemplo de grandeza, cuyo patrón provenía del depósito de modelos legado por sus ancestros (Arendt, 2008:50). Ahora, por el contrario, las hazañas de nuestros antepasados no nos proporcionan ninguna regla útil con la que guiarnos de cara a nuestra progenie.

ciotemporal de la democracia liberal, tales políticas deben traducirse en la adaptación de estructuras como Naciones Unidas, de manera de garantizar una atención seria a “las generaciones futuras que hoy no tienen voz ni voto, y que por tanto no pueden pedirnos cuentas pese a que somos responsables de facto de su sustento, en tanto y en cuanto los tecno-futuros creados actualmente de repercuten en sus cuerpos, sus entornos y sus medios de vida” (ídem). Subyace aquí una percepción del futuro que viene a reemplazar la concepción agustiniana del porvenir como un mero estado mental (íbidem, pp. 172 ss); una noción de *futuro viviente* que incorpora los procesos fácticos que se desarrollan hoy día (*futurity in the making*) y activan los presentes del futuro⁸.

Un alegato similar a favor de la crono-política ha realizado Daniel Innerarity en nuestro entorno intelectual. Tras verificar el cambio habido en las relaciones intergeneracionales —el pasaje del imperio tradicional de los muertos sobre los vivos a la tiranía moderna de los vivos sobre muertos y no nacidos—, preconiza un nuevo contrato social entre los vivos y el mañana (ob. cit., Pág. 30ss). Un contrato de ese tipo, advierte, sólo se puede implementar mediante un radical re-diseño de la democracia, arbitrando procedimientos para dejar el porvenir a la libre disposición de las voluntades futuras.

Innerarity, Adam y Grove comparten con Jonas el enfoque normativo. Ocupados en definir qué debe hacerse, no se interesan por la génesis de un entendimiento de la posteridad en clave generacional, sintonizado con las exigencias de una sociedad asediada por las incertidumbres en cuanto a su supervivencia y la del ecosistema. No busquemos en ellos la historia de esa andadura conceptual, el fondo social y

cultural en el que germinó; en sus textos las generaciones futuras figuran como entes perfectamente configurados, que irrumpen en el mundo de las ideas con todas sus armas y bagajes. Sabemos, sin embargo, que la noción de generaciones futuras en su sentido actual preexistía a sus reflexiones. Un claro antecedente lo pone la polémica sobre los tests de bombas termonucleares en la década de 1950⁹. Los ensayos propagaron una preocupación inédita por la salud de las generaciones venideras, a raíz del riesgo de que la *lluvia radiactiva* originada por las explosiones tuviera un impacto nefasto en la reproducción humana (Weart, 1988:199ss); una aprensión que los movimientos por el desarme y el ecologismo se encargarían de exacerbar.

Ignoramos, en definitiva, cómo se gestó y afianzó dicha noción en un discurso público dominado por la idea de futuro abierto y el culto al progreso. El último eslabón de una cadena de redefiniciones semánticas de la posteridad tampoco ha sido problematizado por estudiosos de las mutaciones del futuro como Frederic Jameson (2005) y Helga Nowotny (1989). Es nuestro propósito arrojar luz sobre ese nacimiento tan poco estudiado. Para ello nos serviremos de piezas de demostración aparentemente laterales: las películas de ciencia ficción. Decimos “aparentemente” porque, a poco que repasemos el corpus, veremos que difícilmente haya otro objeto cultural en donde la problemática de las generaciones futuras haya sido tratada de forma tan diversa y continuada en las últimas décadas. A fin de cuentas, la ciencia ficción trata del futuro; más concretamente, de los eventuales impactos de la innovación científico/técnica; impactos que afectarán por fuerza a las gentes del mañana.

⁸ Adam y Grove se apoyan en la distinción entre futuro presente (el punto de vista del presente sobre el porvenir, ejercido a través de abordajes científicos y técnicos, y de la imaginación prospectiva y utópica) y presente futuro (el futuro *viviente*, el mañana que efectivamente tendrá lugar y cuyos cimientos ya han sido echados). En la situación actual, los futuros no son meramente planeados o imaginados, sino que son puestos en marcha, y por tanto adquieren un estatuto de realidad. Para los autores, el punto de vista del presente futuro “nos posiciona con referencia a los potenciales impactos de las acciones presentes en las generaciones futuras que tienen que lidiar con las consecuencias de nuestras invenciones e intervenciones” (ob. cit. p. 176).

⁹ Uno de los primeros en ventilar la amenaza de un mal en ciernes para las generaciones más jóvenes fue el Nobel de la Paz, el químico Linus Pauling: en 1957, arremetió contra los tests nucleares, acusando a la “lluvia radiactiva” de haber inducido el nacimiento de millones de bebés y fetos defectuosos (Wittner, 1997:39). Fundada o no, su denuncia caló muy hondo en la opinión pública. En 1958, una encuesta Gallup indicó que el 46 por ciento de los estadounidenses pensaba que la continuación de las pruebas atómicas podía plantear una “amenaza para la salud de las generaciones futuras” (Evans, 1998:106).

En las próximas páginas mostraremos cómo, desde los años '50 hasta la década de los '80, las películas acogieron a personajes con cualidades muy similares a las de las generaciones futuras definidas por Jonas y otros pensadores. Amén de señalar sus similitudes y diferencias, interpretaremos su significado con un enfoque tributario de Niklas Luhmann (1991; 1996) y justificaremos la hipótesis de que las generaciones futuras del cine y las del discurso público son el corolario de la búsqueda social de un punto de observación adecuado para los riesgos percibidos en las últimas décadas.

2. METODOLOGÍA APLICADA

La metodología que aplicaremos ya fue ensayada en un estudio sobre el cine de tema nuclear del período 1946/1989, en el cual notamos la presencia recurrente de una serie de personajes que comparten muchos de los rasgos que definen a las generaciones futuras (Francescutti, 2004:135). De ahí que juzguemos conveniente ordenar aquí tales personajes cronológicamente, con la intención de valorar cómo se fue gestando el concepto de generaciones futuras en el cine, y, en un segundo paso, determinar qué luz arrojan sobre la formación del concepto homólogo en el discurso público.

El cine, explica Pierre Sorlin (1996), constituye un material formidable para la investigación sociológica, siempre y cuando sepa leer los signos trazados en el celuloide. Como cualquier arte, más que reflejar re-crea, con las distorsiones impuestas por sus condiciones de producción. A veces importa más lo que no muestra (la invisibilidad de la población negra en los filmes estadounidenses); a veces da pistas de cambios en los roles sexuales (los variables papeles femeninos a partir de los años '60). Posee un gran valor sintomático, añade Sorlin: la conspicua presencia de coches en los filmes europeos de los '60 no se compadece con el escaso parque automotor de aquellos años; más bien expresa deseos sociales que realidades. "Pese a todo, las imágenes son el origen de la toma de conciencia de la situación de la gente y, por ello, por más que estén distorsionadas, son documentos significativos para los historiadores" (Ob. cit., p.193).

El cine de ciencia ficción, específicamente, expresa los imaginarios científico-técnicos de una coyuntura enmarcándolos en las relaciones presente/porvenir. Dispositivo especializado en historiar el presente mediante su observación desde un punto posterior, cuando se ha tornado pasado futuro (Eyzikman, 1985), historia de una manera altamente personalizada, expresando los vínculos entre presente y el futuro a través del contacto entre dos tipos de personajes definidos por su posición temporal (hoy/mañana). Dichos caracteres y su acción dramática pueden aportar al análisis indicaciones útiles sobre las percepciones sociales relativas a las generaciones futuras.

Con tal propósito hemos seleccionado un conjunto de películas producidas entre 1940 y 1985 (ver apéndice), los años entre los que el tópico de las generaciones futuras afloró con fuerza en el discurso público y filosófico. El criterio de selección ha sido doble: 1) películas que planteen cualquier contacto entre personas del presente y del futuro; y 2) películas centradas en el contacto entre humanos e inteligencias extraterrestres, por entender que, como se explicará adelante, la relación entre ambos seres es homóloga a la establecida entre presente y futuro. Hemos excluidos aquellas relativas a contactos entre el pasado y el presente, filmes de animación infantiles y series televisivas. En la selección utilizamos la base de datos Internet Movie Database.

El análisis girará en torno a dos ejes: los personajes principales y la estructura básica de las tramas. En los géneros filmicos, el estudio caracterológico posee un valor adicional, pues tal como mostró Biskind (1983), los personajes de los filmes de Serie B, por su carácter estereotipado, remiten directamente a colectivos sociales: los científicos, los militares, la administración en sus distintos niveles, los ciudadanos corrientes, el enemigo soviético... Su estereotipismo encierra un gran valor sociológico, pues en ella se plasman percepciones sociales que flotaban en la atmósfera de su contexto.

Los argumentos a su vez serán objeto de un análisis sencillo en la línea del modelo estructural de Propp (2000) y del actancial de Greimas (1993), enfocados en las situaciones iniciales y los desenlaces narrativos, y en las principales acciones diegéticas. No necesitamos más para identificar lo que nos interesa: los personajes

que simbolizan el presente y el mañana, los valores atribuidos a cada topos temporal (presente amenazado, mañana deteriorado), el papel de coadyuvante u oponente de la tecnología, y el estado final resultante (salvación, destrucción o incógnita acerca del futuro).

3. ANÁLISIS FÍLMICO

3.1. EL FUTURO PASIVO

Lo primero de lo que se percata el análisis de los argumentos es que antes de mediados de la década de 1950 no hay contactos entre el hoy y el mañana; los dos planos temporales aparecen como compartimentos estancos. Las tramas anteriores a esa fecha ignoran el viaje temporal, el recurso narrativo más idóneo para romper ese aislamiento; un recurso conocido desde la publicación de *The Time Machine* (1895) por H. G. Wells.

En los años '50 detectamos personajes que rompen la barrera del tiempo, pero el sentido de sus viajes será unidireccional, únicamente del presente al futuro. Un ejemplo representativo: *World without End* (EE UU, E. Bernd, 1955). Sus astronautas, de regreso de Marte, aterrizan en la Tierra del siglo XXVI; una guerra nuclear ha tenido lugar y los escasos sobrevivientes subsisten bajo la superficie en un estado semisalvaje. Los astronautas, varados en ese mundo calamitoso, les ayudan a reestablecer la civilización. En pocas palabras: el presente se ve forzado a ayudar al mañana.

De un trance similar versa *Beyond the Time Barrier* (EE UU, E. Ulmer, 1960): el avión del mayor Allison irrumpe por accidente en el año 2024 y cae en manos de las víctimas de una plaga originada en los tests nucleares del siglo XX. Tras escapar de los bárbaros sobrevivientes, el piloto regresa a los años '60 a advertir del peligro que se está gestando en las pruebas. El presente se exhorta a sí mismo a no destruir el futuro.

En ambos filmes el futuro se ha contraído al mínimo y perdido sus cualidades prometedoras. Su estatuto devaluado se refleja en la pasividad de sus representantes; el dinamismo se reserva a los viajeros del presente. Las tramas repiten el modelo fijado por Wells¹⁰, salvo por una diferencia crucial: la pesadilla involutiva con la que se topaba el personaje literario era el producto inexorable de la adaptación biológica; mientras que la recaída en la barbarie de las películas resulta del avance en física nuclear.

Nótese que la preocupación por el futuro viene ligada a la inquietud por la continuidad biológica de la especie. Esto introduce un sentido de comunidad futura más comprensivo que el implícito en las narrativas prospectivas anteriores a la Segunda Guerra Mundial, encasilladas en los estrechos marcos nacionales¹¹. El énfasis en la continuidad de la humanidad viene acompañado del miedo a su desaparición o al retroceso evolutivo. De estos temores versan las películas centradas en un personaje novedoso en los anales cinematográficos: el habitante de otros mundos.

En dichas obras encontramos una tipología argumental bien definida, en donde los alienígenas sirven de advertencia del mal que nos aguarda de persistir en nuestro actual curso suicida. Al fungir de entidades tutelares, cumplen en términos actanciales un rol coadyuvante del protagonista (la Humanidad). Ejercen un papel activo: van al encuentro de los humanos. Son los emisarios de la Confederación Galáctica de *The Day the Earth Stood Still* (EE UU, 1951, R. Wise); y los alienígenas de *The Space Children* (1958, EE UU, J. Arnold), que se conjuran con los niños –los miembros más jóvenes de la generación presente– para salvar al mundo de la locura creada por sus padres científicos –el misil del Juicio Final. Emblematisan un estadio superior de desarrollo científico, técnico y ético al cual el género humano accederá si no se malogra antes por el camino.

¹⁰ La Máquina del Tiempo es un reloj súper poderoso, un mecanismo que realiza una fantasía de la sociedad burguesa: dominar el pasado, el presente y el futuro. El viaje en el tiempo, por su parte, es una metáfora de la aceleración histórica controlada por la ingeniería. Pero en la novela de Wells el dispositivo se revela impotente para detener el curso declinante de la evolución, patente en la última etapa de la travesía, que concluye ante un sol moribundo y una Tierra en agonía. El reloj perfecto puede liberarnos de la dictadura de la cronología, pero no asegura el control de la Historia (Francescutti, 1996).

¹¹ Las “guerras futuras” eran un popular género narrativo que floreció entre finales del siglo XIX y principios del XX. Sus tramas giraban en torno a imaginarios choques bélicos entre las grandes potencias de entonces: Francia, el imperio británico, Estados Unidos u otra nación occidental (Clarke, 1993).

Dentro de esa tipología hay obras que les muestran lisa y llanamente extintos. Por fuerza interpretan papeles pasivos: ellos o sus reliquias son visitados por los terrícolas. Ejemplos: los venusinos destruidos por la guerra nuclear de *First Spaceship on Venus* (Alemania Oriental, K. Maezig, 1962); la extinta civilización Krell de *Forbidden Planet* (EE UU, 1956, F. MacLeod Wilcox); los metalunos abocados a la destrucción bélica de *This Island Earth* (EE UU, J. Neumann, 1955); o los marcianos trogloditas de *Rocketship XM* (EE UU, 1951, K. Neumann). Su suerte ilustra lo que podría sucederle al Homo sapiens de proseguir en su deriva suicida.

Por el contrario, otras películas (*The War of the Worlds* (EE UU, B. Haskins, 1951) e *Invaders from Mars* (EE UU, W. Cameron Menzies, 1953) los señalan como los mismísimos agentes de la extinción: pertenecen al subgénero de la invasión, que avanza por la senda abierta por Wells en su novela *The War of the Worlds* (1898). Como veremos adelante, estas narraciones, además de plasmas fantasías de agresión ligadas a la Guerra Fría, expresan el *encuentro* con un futuro avasallador.

Por último, tenemos aquellos filmes en donde las líneas argumentales se entreveran y la función tutelar se combina con el afán de conquista, como en los alienígenas de *Plan 9 from Outer Space* (EE UU, E. Wood Jr., 1959), temerosos de que los humanos fabriquen una bomba apocalíptica; o en los invasores de *The 27th Day* (EE UU, W. Asher, 1957), que someten a un puñado de seres humanos a una prueba consistente en optar entre el suicidio colectivo o salvar al conjunto de la humanidad.

¿Qué interés presentan tales personajes de cara a nuestra pesquisa? Entendemos que bastante, en la medida en que su proteica naturaleza actualiza posibles evoluciones de la especie

humana. “Son la oleada del futuro, el hombre en su próximo estadio de desarrollo”, apunta Susan Sontag (1965:47); en efecto, muchas obras los presentan como el culmen de una evolución regida por tecnologías prodigiosas y especialización funcional, patente en las hipertrofiadas funciones intelectuales, manuales y visuales de las esmirriadas criaturas macrocefálicas de grandes manos y ojos saltones que pueblan las pantallas. Su insensibilidad, impersonalidad y automatismo delatan una modernización deshumanizadora llevada a las últimas consecuencias.

En algunas películas su estatuto avanzado les autoriza a intervenir en una humanidad abocada a la auto-destrucción; en otras, les condena a sufrir en carne propia los perjuicios de la energía nuclear; y en otras les lleva a actuar como un imperialismo cósmico pertrechado con la más alta tecnología militar. Con distintos ropajes, representan las caras optimista y pesimista de nuestro porvenir como especie¹².

La homología entre alienígenas y generaciones futuras se capta mejor si comparamos los filmes sobre el “contacto extraterrestre” con los de viajes al futuro. Los encuentros entre los humanos del presente y los del mañana se dan bajo el mismo signo que los contactos entre terrícolas y alienígenas: el peligro nuclear. La Era Atómica es la culpable de las calamidades que aquejan a unos y otros. El mensaje es idéntico: “Mira lo que puede suceder si seguís por esta senda...”. Nuestros descendientes y los extraterrestres sirven de coartada para especular con los riesgos atómicos del presente y mostrarlos convertidos en daños. Si aceptamos la premisa de que la identidad alienígena se compone de extrapolaciones de la humanidad actual¹³, vemos que ambos personajes representan lo mismo: la conciencia de los peligros que nos esperan adelante.

¹² También H. G. Wells cumplió aquí un papel pionero: en *The War of the Worlds* (1898) presentó a los invasores marcianos como una versión ultratecnificada del colonialismo europeo: un anticipo de lo que podría sucederle al imperio británico si el día de mañana recibiera una dosis de la medicina que le aplicaba a sus colonizados (i. e. el exterminio de los aborígenes tasmanios perpetrado por los colonos ingleses).

¹³ Es precisamente esta marca identitaria el factor que explica la ausencia de problemas de comunicación entre alienígenas y terrícolas, su mutua facilidad para entenderse. El cine no entra en las cuestiones de incomunicación e incognoscibilidad tan frecuentes en la serie literaria (Jameson, 2005:105ss). Resulta lógico: no tiene sentido introducir tales problemáticas en el marco de concepciones antropomórficas de un Otro que sólo se diferencia por su mayor o menor adelanto tecnológico.

3.2. EL FUTURO TOMA LA INICIATIVA

Los humanos del futuro, al igual que los alienígenas, adoptan papeles pasivos y activos, con la diferencia de que lo hacen en dos fases. Veíamos que en el cine, en una primera etapa, sólo quienes han visitado el mañana y conocido de primera mano sus avatares pueden alertar a sus coetáneos de los peligros al acecho. A finales de los años '50 se configura otra tipología: los habitantes del mañana toman el rol activo valiéndose de un dispositivo novedoso: los viajes al presente (su pasado). Así, en *Terror from the Year 5000* (EEUU, R. J. Gurney, 1958), unos científicos logran comunicarse con el año 5000 y reciben en respuesta la visita de una letal mujer radiactiva. Moraleja: el futuro entabla contacto con el presente, sólo para contaminarlo. En el mundo post-holocausto de *La Jetée* (Francia, Chris Marker, 1962), el sobreviviente retorna al París anterior a la Tercera Guerra Mundial en busca de su amada. La nostalgia lo arrastra irremisiblemente a nuestro presente. El mañana, hartado de infortunios, busca refugio en el presente. El viaje temporal cambia de rumbo: el futuro ya no es su meta; la energía propulsora no se la suministra la esperanza sino la memoria.

Algunas obras continúan el esquema anterior, si bien con diferencias significativas. En *The Flight that disappeared* (EEUU, R. Leborg, 1961) un avión aterriza por error en un futuro lejano y sus pasajeros –físicos nucleares– son enjuiciados. ¿Cargo imputado? Conspiración para destruir la Tierra con sus desmanes atómicos. La pasividad de las gentes del futuro (son visitados por el presente) no les impide abrir un proceso en toda la regla, esbozando una jurisdicción intemporal del mañana.

A caballo entre la vieja mentalidad y la emergente agencia del porvenir amenazado se despliega la saga de *Planet of the Apes* (EE UU, F. Schaeffer, 1968). Recordemos el argumento: una misión espacial aterriza en un planeta habitado por monos inteligentes, que dan caza a unas criaturas idénticas a los humanos. Pronto los astronautas descubren que han regresado a la Tierra mil años después de su partida. Una guerra atómica ha invertido la jerarquía de las especies: los alienígenas son en realidad las embrutecidas generaciones futuras; y los simios, el resultación

de una mutación de los originales monos. Los viajeros, lejos de ayudar a sus descendientes, quedan atrapados en el futuro sombrío. El éxito de taquilla inspiró secuelas: en *Beneath the planet of Apes* (1970, EE UU, T. Post), la lucha entre simios y humanos culmina en una explosión nuclear, poniendo punto final a la historia; en *Escape from the planet of Apes* (1971, EE UU, D. Taylor), Ira y Cornelius, la pareja de simios pacifistas, huyen al pasado (nuestro presente) con la intención de atajar la guerra entre las especies, y allí engendran a Cesar, el líder del levantamiento simio. El bucle temporal se cierra en tragedia: ni el presente salvó al futuro ni el futuro pudo salvarse a sí mismo.

El futuro vuelve a la carga en *Terminator 1* (EE UU, J. Cameron, 1984). El protagonismo lo acaparan dos personajes del siglo XXI –un combatiente humano y un *cyborg*– enviados a la California actual para definir el combate que sus congéneres libran en un mañana post-nuclear: el *cyborg*, con el encargo de asesinar a la madre del líder de los resistentes antes de su concepción; y el joven, con la misión de impedirlo. El mensaje es cristalino: la impotencia del presente para salvaguardar la continuidad histórica obliga a las generaciones futuras a intervenir para asegurarse su supervivencia.

El derecho de intervención se ejerce de nuevo en *Star Trek IV* (EE UU, L. Nimoy, 1986). En el siglo XXIV, una misteriosa sonda del espacio exterior altera el clima de la Tierra. Habiendo analizado sus señales, los expertos notan su similitud con el canto de una ballena extinguida en el siglo XX. Inmediatamente, la espacionave *Enterprise* surca el espacio-tiempo para capturar un espécimen y llevárselo a su época, de manera que su código ayude a los científicos a desactivar la sonda. El argumento escenifica gráficamente el postulado ecologista de la conveniencia de proteger la biodiversidad para no privar a nuestros descendientes de recursos estratégicos.

El mismo año reaparece el proceso al presente en el corto publicitario *The Déficit Trials 2017 A. D.* (R. Scott, EE UU, 1986): los niños del año 2017 juzgan a sus progenitores por dejarles una asfixiante deuda pública. Encargado por W. R. Grace & Co. con el objetivo de criticar el endeudamiento fiscal de la Administración Reagan, el anuncio parte de la premisa de

la responsabilidad del presente para con el futuro. Obras ajenas a la ciencia ficción como ésta acreditan sobradamente el arraigo en el imaginario cultural de la jurisdicción de las generaciones venideras sobre los asuntos de hoy.

4. DISCUSIÓN

Del itinerario trazado podemos sacar algunas conclusiones preliminares. La primera concierne al paulatino aflorar de la agencia del mañana: tras la fase del porvenir postrado y pasivo, *La Jetée*, *Terror from the Year 5000* y *The Flight that Disappeared* retratan un futuro que, si bien sombrío, comienza a sacudirse su pasividad e intenta incidir en el presente, aunque de modo ineficaz; *Planet of Apes* insiste en la futilidad de los intentos más enérgicos del futuro por evitar su perdición; finalmente, *Terminator I* y *Star Trek IV* abren una rendija al optimismo al conceder a la iniciativa de sus gentes la posibilidad de cambiar la historia.

Siguiente conclusión: el creciente protagonismo de la humanidad del mañana —el cambio actancial más notable observado en las tipologías— no modifica en sustancia los desenlaces. Tanto en las películas de los años '50 como en las de los años posteriores, el destino final del futuro queda en suspenso —¿se evitará el desastre? ¿se desviará el rumbo de una historia lanzada como un bólido a la catástrofe?, son preguntas que flotan sin respuesta al finalizar cada narración—; la gran novedad radica en el trasvase de la función cautelar a los humanos del mañana. No es un dato menor; los filmes de los 50' introdujeron a dos precursores de las generaciones futuras: los alienígenas y la humanidad post-nuclear. Ambos tipos de personajes estaban singularmente dotados para anticipar los peligros de la Era Atómica: los primeros, por su triple condición de ángeles guardianes, agentes y víctimas del desastre nuclear; los segundos, por encarnar las consecuencias de esos peligros. En los años 60', los alienígenas cedieron a los humanos su papel admonitor y su derecho a interferir en el presente.

Surge entonces la pregunta: ¿por qué los argumentos repartieron dicha función entre unos y otros?, ¿por qué no se la asignaron directamente a la humanidad futura? Quizá sería mejor

preguntarse qué razón justificó la presencia argumental de personajes tan fuera de lo común como los extraterrestres. Dar una respuesta a semejante cuestión nos conduce fuera del celuloide, concretamente, a las entidades homólogas a las que el imaginario cultural de los años '50 les asignó la tarea de denunciar el riesgo asociado a la energía y el armamento nuclear: los Objetos Voladores no Identificados (OVNI).

Efectivamente, los testimonios de avistamientos de OVNI contribuyeron a amplificar los temores a la muerte atómica (los tests termonucleares habían atraído la atención de nuestros vecinos del espacio, sostenían algunos testigos); en la década siguiente, los avistamientos menguaron, en relación directa con la distensión internacional y las menores perspectivas de una guerra ultra destructiva entre Estados Unidos y la Unión Soviética (Francescutti, 1999).

El desvanecimiento del fenómeno OVNI corrió en paralelo al de sus contrapartes filmicas. La industria del cine, atenta a la pérdida de interés público por los platillos voladores, prácticamente eliminó a los alienígenas del elenco y otorgó su papel cautelar a la humanidad venidera (Jankovich, 1996:197ss). El cambio sintonizaba con la brecha abierta en los '60 entre los jóvenes, impotentes espectadores de la carrera armamentista, y los adultos responsables de la Guerra Fría. A las audiencias juveniles los cineastas les ofrecieron héroes y argumentos a tono con su ánimo, como la alianza pacifista de alienígenas y niños de *The Space Children* (unas embrionarias generaciones futuras).

Considerada en términos de comunicación del riesgo, la trayectoria descrita podría interpretarse como una normalización: conforme el riesgo nuclear —causante de una conmoción desestabilizadora— era *metabolizado* por la sociedad (y en ello las películas tuvieron mucho que ver), cada vez hacía menos falta recurrir a portavoces tan bizarros de los mensajes de alerta. En el más distendido clima político de los años '60, los alienígenas no venían a cuento a la hora de alertar de los problemas prosaicos de la contaminación, la explosión demográfica y el agotamiento de los recursos naturales. En consecuencia, las admoniciones extraterrestres fueron sustituidas por las voces del futuro, mucho más creíbles y cercanas en tanto continuación de la humanidad actual.

Las referencias a las generaciones futuras en el discurso público se intensificaron en la segunda mitad de los '50, a raíz del impacto de la lluvia radiactiva en los bebés y la progenie humana. Conforme pasaban los años, fueron asociadas a otros legados potencialmente nocivos (contaminación química, residuos radiactivos, cambio climático). Hoy podemos apreciar que esa función admonitoria ampliada respondía a una necesidad social que trascendía el problema puntual de los test nucleares: la de un punto de vista externo desde el cual observar los riesgos. Nuestra sociedad no puede arreglárselas sin una atalaya desde la cual formular distinciones entre lo seguro y lo inseguro, y reflexionar sobre el despliegue temporal del eventual daño que causarán sus actos. Observarnos a través de los ojos de las generaciones futuras nos ayuda a anticipar el impacto de nuestras emisiones de gases en las poblaciones del año 2050 o de nuestros residuos tóxicos en los acuíferos de los moradores del siglo XXXIV; en breve: nos permiten evaluar el estado del mundo deduciendo un diagnóstico del pronóstico.

La auto-observación practicada desde esa óptica no se limita a estimaciones de riesgo; en nombre de las generaciones futuras se acusa y se exigen responsabilidades a los desaprensivos. Quienes se erigen en sus abogados invocan la potestad jurídica que antes se asignaba a la Historia. En ese sentido, constituyen una ficción legal con un *imperium* reducido; a diferencia de sus contrapartes filmicas, no ejercen de jueces. Carentes de poder coercitivo, ostentan una autoridad moral mas afín a la de las víctimas que a la de los magistrados; carecen incluso del aval de la razón histórica (no en vano ellas, en tanto producto del temor a la hecatombe nuclear —el factor corrosivo de la idea de Progreso— son un recordatorio de la futilidad de las ‘tareas históricas’ y otros dogmas progresistas). En nombre de la posteridad amenazada, cuestionan las certezas de la omnisciencia científico-técnica. Espectros del mañana, evidencian la necesidad del presente de personificar sus relaciones con el

futuro; y, a contrapelo de los fantasmas tradicionales, que avisaban a los vivos de los males desatados por un pasado que se niega a morir, nos alertan de las amenazas pendientes sobre los aún no nacidos.

La irrupción a mediados del siglo XX de este constructo al servicio de la auto-observación de la sociedad post-industrial no debe ocultarnos la lenta gestación que le precedió, que no tuvo nada de automático ni de planificado. A poco que remontemos el pasado, detectaremos las dudas, los intentos, las vacilaciones. En el siglo XIX, las razas futuras imaginadas en el siglo XIX por escritores como Edgar Bulwer-Lytton y astrónomos como Percival Lowell¹⁴, cumplieron una finalidad análoga: reflexionar sobre el orden victoriano y la posibilidad de su decadencia. Hubo de transcurrir más de medio siglo para que el cine y el discurso ufológico descubrieran casi al mismo tiempo la idoneidad de las entidades situadas fuera de nuestro espacio-tiempo para la observación de los efectos adversos del progreso. Incluso en esos años no faltaron las tentativas de exhumar el caduco ojo divino; en *Red Planet Mars* (EE UU, E. Horner, 1952) un científico recibe un mensaje de Marte emitido por una civilización superior de credo cristiano. Los padecimientos de los terrícolas, explica el mensaje, se derivan del olvido de Dios y del auge de ideologías ateas como el comunismo. Mas tales intentos no prosperaron: no encajaban en un mundo reacto a las reprimendas del viejo Jehová.

Por un tiempo los alienígenas resultaron una opción más conveniente: situados a medio camino de lo humano y lo divino, aportaban la deseada mirada exterior. A su turno, la ingerencia extraterrestre pasó el testigo a la intervención humana. Las películas hacen visible el inicio del giro cuando los niños devienen observadores del riesgo atómico. En los años siguientes, los cineastas aprovecharon las historias ambientadas en el futuro para abordar cuestiones apremiantes como la sobrepoblación, el consumismo, el deterioro ambiental, la automa-

¹⁴ El británico Bulwer-Lytton imaginó en su novela *The Coming Race* (1871) una raza subterránea, los Vril-ya, moral y tecnológicamente superior a la civilización blanca de la superficie, a la que un día desplazaría. El estadounidense Lowell, por su parte, especuló con que los presuntos canales de Marte eran la suprema obra de ingeniería de una raza inteligente cuyos logros superaban de lejos a los terrícolas, pero que por causa de la desertificación de su planeta se veía abocada a la extinción.

tización, etc. Con ese proceder hicieron el presente observable, y, al mostrar el impacto de los test atómicos y la carrera armamentista, nos ayudaron a asumir como propios los efectos a largo plazo de nuestras acciones.

En paralelo, el discurso ambiental fue aquilatando el concepto de las generaciones futuras. Los temores por la salud de los recién nacidos suscitados por el estroncio 90 se proyectaron a la generación venidera, a la cual, alertaba el Club de Roma (Peccei, 1982), dejaríamos sin combustible, minerales y alimentos. La dinámica de lo particular e inmediato a lo general y remoto sintonizaba con la remisión del miedo atómico registrada en la década de los '60. El resultado fue una noción de generaciones futuras des-territorializada y versátil para la observación de riesgos de toda clase.

La evolución de las narraciones deja ver con nitidez la transformación de las semánticas de la posteridad: inicialmente, el presente eufórico avanza hacia un futuro cuya conquista se da por descontada; luego, al asomarse el mañana calamitoso, cunde el pesimismo; sigue una fase de desconcierto; por último, un nuevo paradigma se afirma: las intervenciones del futuro dirigidas a salvaguardar su posibilidad de ser. El presente continúa siendo el topos estratégico de la cronestructura, pero en lugar de afanarse por colonizar el futuro ahora se ocupa de prevenir su ruina. La última fase se corresponde con la institucionalización del concepto de generaciones futuras en el discurso público.

5. CONCLUSIONES: DOS GENERACIONES PARALELAS

Tenemos, pues, dos ficciones paralelas en el cine y en el discurso público, con puntos de intersección y de desvío. De entrada, su eclisión coincide en el tiempo: a mediados de los años '50, al calor de las explosiones termonucleares. Las dos son asimismo vulnerables a los resultados indeseados de las acciones actuales; ambas necesitan del presente para protegerse; y ambas interpelan y critican al presente. Pero las generaciones futuras del ecologismo poseen una autonomía menor; requieren de nuestra intersección para ser oídas. Su agencia es simbólica, insuficiente para entablar un proceso al presen-

te. Comparadas con sus homólogas del celuloide, parecen desvaídas y brumosas, mientras aquellas son identificadas con pelos y señales – de Kyle, el emisario del futuro en *Terminator 1*, conocemos su biografía, sus sentimientos y motivaciones;– de ellas resulta imposible conocer su número, deseo o situación; forman un colectivo informe de seres anónimos dispersos en los estratos del mañana, una abstracción de la cual deducimos unos pocos mandatos (en particular, el principio de precaución).

Las diferencias pueden explicarse por las características de cada medio: las convenciones de Hollywood imponen personajes marcadamente personalizados; el discurso público, en cambio, tiende a la abstracción y a los universales. Esas peculiaridades determinaron su respectiva eficacia: los personajes con rostro y biografía facilitan la identificación del espectador con los problemas de tiempos venideros; en el discurso público, la generalidad de las generaciones futuras les torna útiles para evaluar acciones cuyo impacto se sentirá en 50 años o en 500. La extrema personificación de las primeras compensa la abstracción de las segundas, complementándose unas a otras.

El sistema social, afirma Luhmann, no puede observarse a sí mismo en su totalidad, porque no tiene manera de salir de sus límites (1996:265); el único modo de auto-observación externa es mediante el concurso de ficciones como la posteridad, Dios, la Historia, o –agregamos nosotros– los extraterrestres o las generaciones futuras.

Ahora bien; la naturaleza hipotética del contrato con las generaciones futuras, decía Rawls en su Teoría de la Justicia, hace necesario construirlo a través de un experimento mental. Nuestro análisis muestra cómo el imaginario fílmico asumió ese desafío y las soluciones que fue aportando. Haciendo pleno uso de las artes cinemáticas, infundió un vívido realismo al riesgo tornado en daño, poniendo rostro, voz y emociones a lo que eran sólo siluetas en blanco de un *gedanken experiment*. Valiéndose de aventuras temporales, hizo comprensible la intuición de que “la línea que no separa de las generaciones futuras se está volviendo más delgado (Nowotny, 1989:208).

Tal es la manera en la que el cine y las categorías sociales interactúan: el primero actualiza a las segundas visualizando sus contenidos, ayu-

dando a su entendimiento y difusión; las segundas toman de las películas las imágenes-fuerza (holocausto nuclear, supervivencia, comunicación transtemporal) familiares para la opinión pública. Y las dos participaban de la heurística del miedo propuesta por Jonas, aplicando un catastrofismo ilustrado a la promoción del principio de responsabilidad.

Decíamos al comienzo que el concepto de generaciones futuras no se ha visto al resguardo de las críticas. Se acusa a sus promotores de presuponer falazmente que el futuro compartirá nuestra escala de valores. Al dar por sentado que en el siglo XL la supervivencia de las ballenas será juzgada prioritaria, razonan los críticos, sus portavoces se arrojan la engañosa omnisciencia mediante la cual “el siglo XX usurpa abiertamente el lugar de un siglo posterior como fuente de un punto de vista” (Eizykman, 1985:203). Pero las objeciones resbalan contra un hecho incuestionable: las generaciones futuras han ganado la batalla dialéctica¹⁵ a sus detractores (principalmente, los abanderados del progreso indefinido en su versión neoliberal¹⁶).

A nosotros, en cambio, esa victoria conquistada en el plano de la retórica –un triunfo ideológico de hondo calado– nos lleva a preguntarnos si con ella no se pone de manifiesto una seria dificultad social para pensar el futuro sin hacerlo a través de personificaciones ficticias. ¿Tendremos que depender de esos juegos de espejos para ponderar las decisiones arriesgadas? ¿No nos exponemos a que las generaciones futuras degeneren en otra hipótesis del esquema de observación al que llamamos porvenir?

A responder provisionalmente esas preguntas nos puede ayudar la semiótica de la cultura desarrollada por la Escuela de Tartu (Lozano, 1979). Sostiene ésta que el discurso apocalíptico es un tipo de texto tradicional de la semiosfera occidental, que en la Era Moderna devino “una representación metafórica (o mejor todavía, figurativa) de

aquella modalidad evolutiva de la cultura que Lotman, en uno de sus últimos escritos, define ‘explosión’, caracterizada por la discontinuidad y la imprevisibilidad; y ella se contrapone, como es obvio, a los fenómenos evolutivos” (Bertetti, 1998:5). Dicha metáfora se muestra apropiada para dar cuenta de las narraciones de nuestro corpus, inspiradas en la guerra termonuclear (un cambio social particularmente explosivo).

Pero el decurso narrativo analizado nos advierte de una modificación del relato apocalíptico clásico, expresada en la aparición de un nuevo subgénero, el post-apocalíptico, centrado no ya en la explosión y sus circunstancias sino en sus consecuencias (dicho desde una perspectiva procesual del tiempo: el énfasis pasa de lo terminativo a lo durativo). En esta contribución de nuestra época al canon de textos apocalípticos, se parte de la explosión no para, a la manera del historiador, hacer inteligible a posteriori lo ocurrido (Lotman, 1999:30ss), sino con la intención de, y en la línea de las *profecías suicidas* mentadas por Robert Merton, hacer un llamamiento a impedir el advenimiento del escenario planteado –un mundo posible, vale decir, un estado de cosas todavía no existente, pero que podría materializarse en un futuro.

Ahora bien, y regresando a la cuestión principal: ¿serían concebibles unos mundos posibles exentos de dramatismo, de personificaciones y de inexorabilidad, que se ofrezcan a las audiencias como meros ejercicios imaginativos al servicio de un análisis frío y racional de la coyuntura actual? Mucho nos tememos que tal *grado cero* de la imaginación futurista sea un ideal imposible; reclamar a unas narraciones marcadas por una abrumadora dimensión persuasiva que renuncien al *pathos* y a los recursos del discurso figurado y se sostengan únicamente con argumentos del *logos*, se nos antoja una demanda irreal desde cualquier enfoque pragmático de la retórica.

¹⁵ Luhmann admite ese resultado cuando dice que, aunque queda por ver si las generaciones futuras serán seres humanos como nosotros, y aunque la línea estrictamente ética del argumento y sus fundamentos puedan ser defectuosos, éste provee estrategias retóricas muy útiles para aumentar la conciencia de las catástrofes que no deberían aceptarse ni dejar en manos del cálculo (1992:39).

¹⁶ Estos críticos defienden una política de *laissez faire* frente a los problemas que se acumulan en el largo plazo; amparándose en el providencialismo tecnológico sostienen que la ciencia y la técnica sabrán resolver a su debido tiempo tales dificultades. Actualmente, esta línea de razonamiento se encuentra a la defensiva –en el plano discursivo, por lo menos– frente a los partidarios del principio de precaución, cuyas filas se han visto fortalecidas por la administración estadounidense de Barak Obama.

El lector ha de disculpar que nos detengamos aquí; ahondar en la cuestión excedería el alcance de un trabajo limitado a mostrar cómo el cine, la ciencia ficción y el ambientalismo dieron a las generaciones futuras su significado actual, y cómo, por su mediación, nuestra

sociedad, lejos de desentenderse de su horizonte temporal —como pretendían las tesis postmodernas— ha concluido que, como bien dicen Adam y Grove, el futuro sí importa y busca re-situarse ante él de un manera distinta a lo ya conocido.

6. BIBLIOGRAFÍA

- ADAM, B. & C. GROVES (2007) *Future Matters*, Leiden, Brill.
- ADAM, B. (1996) «Re-vision: The centrality of Time for an ecological Social Science Perspective», en Lash et alia, pp 85-103.
- ARENDRT, H. (2008), *De la historia a la acción* (Manuel Cruz, comp.) Barcelona, Paidós.
- BECK, U. (1998) *La sociedad del riesgo*, Barcelona, Paidós.
- BENNETT, A. (1999) “On Posterity”, *The Yale Journal of Criticism*, Vol. 12, Nº 1, Spring, pp. 131-144.
- BERIAÍN, J. (1996) “Dinámicas de reestructuración en las sociedades modernas”, *Papers* 50, pp. 57-98.
- BERTETTI, P. (1998) *Fine del millennio*, Centro Internazionale di Semiotica e di Linguística, Urbino.
- BISKIND, P. (1983): “War of the Worlds”, *American Film*, December, pp 37-43.
- BLOCH, E. (1980) *El principio esperanza*, Madrid, Aguilar.
- BARRIERE, J.C. ET AL. (1999) *El fin de los tiempos*, Barcelona, Anagrama.
- CERRUTI, M. (1994) «El mito de la omnisciencia y el ojo del observador», en Watzlawick & Krieg (eds.), *El ojo del Observador*. Barcelona, Gedisa, pp. 32-59
- CLARKE. I. (1993) *Voices prophesying war: futures wars, 1763-3749*, N. York, Oxford University Press.
- CROWE, M. (1986) *The Extraterrestrial Life Debate 1750-1900*, Cambridge, Cambridge University Press.
- DE CUSA, N. (2007) *La visión de Dios*, Pamplona, Eunsa (edición original: 1453)
- DE-SHALIT, A. (1995) *Why Posterity Matters. Environmental Policies and future generations*. London, Routledge.
- EIZYKMAN, B. (1985) «D’une modalité temporelle des récits de S. F.», en *Science-Fiction et fiction spéculative*, Hottois, G. (ed), Bruxelles, Editions de l’Université de Bruxelles.
- EVANS, J. (1998) *Celluloid Mushroom Clouds. Hollywood and the Atomic Bomb*, Boulder (Co), Westview Press.
- FRANCESCUTTI, P. (1999) «Sociología Marciana: Una interpretación social del fenómeno OVNI», en Gatti, G. y Martínez de Albéniz, I., *Las astucias de la identidad. Figuras, territorios y estrategias de lo social contemporáneo*, pp. 87-102.
- (1996) “La máquina del tiempo cumple cien años”, en *Mundos de Ficción I*, Pozuelo Yvancos, J.M. y Gómez, V. (eds.), pp. 620-631, Murcia, Universidad de Murcia.
- (2004) *La pantalla profética*. Madrid, Cátedra.
- GATTI, G. y MARTÍNEZ DE ALBÉNIZ, I. (1999) *Las astucias de la identidad. Figuras, territorios y estrategias de lo social contemporáneo*, Bilbao, UPV.
- GREIMÁS, A. (1973) «Les actants, les acteurs et les figures», en Chabrol, C. (ed). *Sémiologie narrative et textuelle*, Paris, Larousse.
- INNERARITY, D. (2009) *El futuro y sus enemigos*. Barcelona, Paidós.
- JAMESON, F. (1991) *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós.
- (2005) *Archaeologies of the Futures*. London. Verso.
- JANCOVICH, M. (1996) *Rational Fears. American horror in the 1950s*. Manchester, Manchester University Press.
- JONAS, H. (1979) *Das Prinzip Verantwortung* (ed. inglesa, *The Imperative of Responsibility*, 1984, Chicago, Chicago University Press).
- KOSELLECK, R. (1993) *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós.
- LASH, S. ET ALIA (1996) *Risk, Environment & Modernity*, London, Sage.
- LEVIN, H. (1972) “The Judgment of Posterity”, en *Arcadia*, 7 (1), pp-1-11.
- LOTMAN. I. (1999) *Cultura y explosión*, Barcelona, Gedisa.

- LOZANO, J. (1979) “Introducción, Selección y Notar a JH. M. Lotan y Escuela de Tartu”, en Lotman, J.M., *Semiótica de la cultura*, Madrid, Cátedra, pp. 9-38.
- LUHMANN, N. (1992) *Sociología del riesgo*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- (1996) *Introducción a la teoría de sistemas*, México, Anthropos.
- MACCLIN, R. (1981) «Can Future Generations Correctly Be Said to Have Rights?», en Ernest Partridge (Ed). *Responsibilities to Future Generations*, pp. 151-2.
- MCCURDY, H. (1997) *Space and the American imagination*, Washington, Smithsonian Institution Press.
- MICHELET, J. (1982) *Ouevres completes*, Paris, Flammarion.
- NASSEHI, A. (1994) «No time for Utopia. The absence of Utopian contents in modern concepts of time», *Time & Society*, Vol. 3 (1): 47-73
- NOWOTNY, H. (1989) «Mind, Technologies, and Collective Time Consciousness: From the Future to the Extended Present», en *Time and Mind*. J. T. Fraser (ed.) International Universities Press, Connecticut, pp. 197:213.
- PARTRIDGE, E. (1990) “On the Rights of Future Generations”, en *Umpstrem/Downstream: Issues in Environmental Ethics*, (D. Scherer, ed.). Philadelphia, Temple University Press, pp 40-66.
- PECCEI, A. (1982) *One Hundred pages for the Future: Reflections of the Presindetn of the club of Rome*, London, Futura.
- PROPP, V. (2000) *Morfología del cuento*. Madrid, Fundamentos.
- RAMOS TORRE, R. (2003) «Al hilo de la precaución: Jonas y Luhmann sobre la crisis ecológica», *Política y Sociedad*, Vol, 40, n.3: 23-51.
- RAWLS, J. (1971) *A Theory of Justice*, Cambridge, Harvard University Press.
- SONTAG, S. (1965) “The imagination of Disaster”. *Commentary*, October, pp 42-48.
- SORLIN, R. (1996) *Cines europeos, sociedades europeas 1939-1990*, Barcelona, Paidós.
- WEART, S. (1988) *Nuclear fear*. Cambridge, Harvard University Press.
- WIEDEMANN, T. (1989) *Adults and Children in the Roman Empire*, London, Taylor & Francis.
- WITTNER, L. (1997) *Resisting the Bomb. A History of the World Nuclear Disarmament Movement*, Vol. II, California, Stanford University Press.

7. APÉNDICE DE PELÍCULAS ANALIZADAS

AÑOS ‘50:

- The Day the Earth Stood Still* (EE UU, 1951, R. Wise)
- The War of the Worlds* (EE UU, B. Haskins, 1951)
- Rocketship XM* (EE UU, 1951, K. Neumann)
- Invaders from Mars* (EE UU, W. Cameron Menzies, 1953)
- World without End* (EE UU, E. Bernd, 1955)
- Red Planet Mars* (EE UU, E. Horner, 1952)
- This Island Earth* (EE UU, J. Neumann, 1955)
- Forbidden Planet* (EE UU, 1956, F. MacLeod Wilcox)
- The 27th Day* (EE UU, W. Asher, 1957)
- Plan 9 from Outer Space*, (EE UU, E. Wood Jr., 1959),
- Terror from the Year 5000* (EEUU, R. J. Gurney, 1958)
- The Space Children* (1958, EE UU, J. Arnold)

AÑOS ‘60

- Beyond the Time Barrier* (EE UU, E. Ulmer, 1960)
- The Time Machine* (EE UU, 1960, George Pal)
- The Flight that disappeared* (EEUU, R. Leborg, 1961)
- First Spaceship on Venus* (Alemania Oriental, K. Maezig, 1962);

La Jetée (Francia, Chris Marker, 1962)
The Time Travelers (EE UU, 1964, I. Melchior)
Daleks' Invasion Earth: 2150 A.D. (G. Bretaña, G. Flemmyng, 1966)
Journey to the Center of Time (EEUU, 1967, D. Hewitt)
Planet of the Apes (EE UU, F. Schaeffer, 1968)

AÑOS '70

Beneath the planet of Apes (1970, EE UU, T. Post)
Escape from the planet of Apes (1971, EE UU, d. Taylor)
Ivan Vasilievich: Back to the Future (URSS, 1973, L. Gaidai)
Idaho Transfer (EEUU, 1973, P. Fonda)

AÑOS '80

Time Bandits (G. Bretaña, a T. Gilliam, 1981)
Terminador 1 (EE UU, J. Cameron, 1984)
Guests from the Future (URSS, 1985, P. Arsenov)
Trancers (EEUU, 1985, C. Bands)
My Science Project (EEUU, 1985, J. Betuel)
Flight of The Navigator (EEUU, 1986, R. Kleiser)
Star Trek IV (EE UU, L. Nimoy, 1986)
Millennium (EEUU, 1989, M. Anderson)
Out of Time (EE UU, 1988, R. Butler)